



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



4 de octubre de 1890



Núm. 153



EN EL PUERTO

UN RATO DE CHARLA

CERO, y van cuatro.

Se ha quemado la Alhambra. Afortunadamente no se ha quemado toda, pero infortunadamente se han quemado dos galerías del patio de los Arrayanes y la sala de la Barca, cuyo techo era único en su clase.

Así, pues, en poco tiempo: la Armería, uno; el Alcázar de Segovia, dos; el Alcázar de Toledo, tres; la Alhambra, cuatro.

¿Se quiere mayor rumbo?

Veremos á qué maravilla le toca quemarse ahora.

Yo, claro está que siento mucho lo ocurrido, como español amantísimo de las glorias de su patria; pero no lo siento menos por lo que dirán de nosotros los beduinos, los berberiscos y los marroquíes.

—Ya ven Vds.,—exclamarán los descendientes de los monfies;—nos echaron de Granada para que al cabo de tres siglos y cuatro lustros se quemara la sala de la Barca y parte del patio de los Arrayanes, siendo, sin duda, por misericordia de Alah (¡El solo es grande!) que no se quemara todo, ya que, según parece, á eso se tiraba.

Y vaya V. á responderles á los descendientes de los monfies.

¡Ay, Dios! Cuando uno piensa en el cuidado fanático con que en el extranjero se cuidan los monumentos, se le cae la cara de vergüenza al pensar en lo que está sucediendo aquí, lo cual no quita que esta *tribu con pretensiones* quiera hombrearse con el extranjero, haciendo como las personas mayores.

El señor general Azcárraga, por ejemplo, persona respetabilísima ciertamente, da en la peregrina idea, apenas le hacen ministro, de poner el servicio militar obligatorio, sin parar mientes en aquel famoso *13 por 100* de mortalidad de soldados, siendo así que en Alemania sólo tienen que lamentar el *3 por 100*. No le hace que no tengamos cuarteles, hospitales, armamento, ni uniformes: servicio militar obligatorio. Esto será, sin duda, de gusto de la democracia envidiosa; pero en último resultado ya se verá cómo viene á suceder lo mismo que ahora. Pero podremos codearnos ó, por mejor decir, compararnos con Alemania y Francia. Tendremos todos los muebles políticos que suelen lucir en la vecina

república: sufragio universal, código civil, servicio militar obligatorio, traducidos al castellano. Esto no quiere significar, sin embargo, que ni los señores autores de la ley electoral, ni el señor Alonso Martínez, ni el Sr. Azcárraga, sean unos López Ballesteros, ni unos Mendizábares, ni Moyanos.

¡Oh país de *La Gran Via*! ¡Oh país en que se tiene por un portento á tantas *notabilidades* como lo deben todo absolutamente al *bombo* y se espera en cualquier clase de lotería!!! ¡Oh España desdichada, dejada de la mano de Dios, despreciada é insultada por Portugal, á qué extremo de degeneración has descendido!

¡Ay bandera, qui t' ha vist!

¡Qui t' ha vist y 't veu, bandera!

Eso de Portugal, á que me refería arriba, ha sido muy chusco. Nuestros terribles vecinos han llegado á creerse que nos los íbamos á anexionar, y con espantables artículos de sus más populares periódicos (lo menos tiran 1,200 ejemplares) nos perdonan la vida y nos insultan, y hablan de *Aljubarrota*, sin venir para nada á cuento.

No los imitemos y pasemos en silencio los nombres de *Alcántara* y del gran duque de Alba.

Yo no sé lo que daría por quitaros de la cabeza ciertas majaderías acreditadas por la *prensa*, que acaban de aumentar la ingénita tontuna de muchísima gente, entre cuyas majaderías está lo de la *unión ibérica*. En esta parte mi programa es claro: ni unión, ni federación, ni confederación, ni siquiera tratados con Portugal. Lo mismo se nos debe importar Portugal que la Bulgaria. No nos hemos entendido, ni nos entendemos, ni nos entenderemos jamás. Allá ellos, con sus regimientos (como el número 8 de infantería) con doce soldados, quince oficiales y *o estado maior*.

¡Bueno, bueno, bueno está ese *infundio* de la raza latina! Italia le vuelve la espalda á Francia: es una ingrata, pero la ingratitud es un derecho de las naciones, y nuestra antigua *serva* demuestra en eso exquisito patriotismo; Francia es nuestra principal enemiga, que se burla de nosotros en sus operetas, nos arma mil triquiñuelas en Africa y trata de arruinar nuestro comercio de vinos; Portugal es un vecino antipático con el cual no puede tratarse. En toda la raza latina no veo otro Estado en el que pueda fiar España sino la república... de Andorra. Lo demás es *charanga*.

Ya comprendo, sin embargo, que ha de costar mucho desarrai-

gar las deplorables *ideas*, digámoslo así, caras al espíritu español. Aquí lo que hay que hacer ante todo es *moralizar, educar, civilizar, desinfectar y tener regularmente montado el servicio de incendios para cuando se quemen Alhambras y Alcázares de Toledo*. Después vendrá lo del servicio militar obligatorio, lo de la *unión ibérica*, lo de *nuestra misión en Africa*, lo de rescatar á *Gibraltar* y hasta lo de inventar submarinos y ferrocarriles atmosféricos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

VIVA MIL AÑOS

I

CELEBRABA la familia el cumpleaños de la abuela, habiendo acordado por unanimidad felicitárselos de la manera más grata y cumplida. La buena anciana, con esa complacencia propia de los caracteres condescendientes, se resignó á ser la protagonista del espectáculo, dejando que sus nietos la sentaran en un gran sillón y como en triunfo la condujeran desde su cuarto al salón principal de la casa.

Instalada allí, empezó la solemnidad de antemano preparada. Agasajáronla sus hijos con algunos presentes adecuados á la edad de la anciana: muchos santos, muchos rosarios, cruces de Jerusalén, una pila de bronce para la cabecera de la cama, etc., etc.; obsequiándola á su vez sus nietos con ramos de flores y décimas, francesas algunas de ellas, las cuales tenían la gran ventaja de no ser comprendidas por los niños que las recitaban ni por la abuela tampoco, y decimos ventaja porque las décimas confeccionadas para uso de los chicos acostumbran siempre ser malas.

Los que á causa de su corta edad no se vieron con alma para aprenderse una felicitación en verso, se limitaron á presentar un ramo á la abuelita, acompañándolo con esta salutación:

—Viva V. mil años, abuelita.

—Son muchos años, queridos,—contestaba la anciana,—y mejor que un bien me deseáis un mal.

Gran alboroto estalló entonces entre la gente menuda. ¿Un mal, vivir mil años? La abuela no estaba en lo cierto, y, partiendo de este supuesto, el que menos, de los chicos, le pedía á Dios tres ó cuatro ó cinco mil años de existencia. ¡Aquello sí que sería felicidad! ¡Lo que ellos verían! Agua se les hacía la boca con sólo pensarlo. Dejó la abuela que se expansionaran á su gusto; y cuando comprendió que los chiquillos habían barbarizado ya lo sufi-



Los dos camaradas

ciente y que no les quedaba en el buche nuevas majaderías que aducir, llamó al orden á los revoltosos, invitándoles á que se sentaran, guardando á la vez mucho silencio y atención.

Obedecieron los chicos, sacó la abuela una hermosa caja de rapé, sorbió un polvo del aromático tabaco, y, paseando una mirada llena de bondad y ternura entre sus nietos,

—Sois unos majaderos todos,—les dijo.—Lo que estabais hablando ahora era sólo propio de niños atolondrados y sin pizca de juicio. ¡Vivir mil años! Por necios mereceríais que os atendiese Dios.

—¿Por qué, abuelita?—preguntó una rubia muy curiosa é inquieta.

—¿Por qué? Prestadme atención y vais á oír.

Aproximaron los chicos sus sillas y taburetes en torno de la anciana, algunos se quedaron de pie, apoyándose en los respaldos del sillón, y otros tomaron asiento en el suelo, descansando sus brazos en las rodillas de la abuelita, que, animada por la atención que los chicos le prestaban, habló de esta manera:

II

Había una vez en Bretaña una dama, joven todavía, poseedora de inmensas riquezas á la par que de infinita piedad. Respondiendo á un impulso de su fervoroso entusiasmo, mandó edificar en su país una iglesia que por su magnificencia y vastas dimensiones superaba á cuantas se habían levantado hasta entonces en el orbe católico.

Todos los grandes de la tierra, príncipes y arzobispos, visitaron la iglesia elevada por la piedad de una dama. María se llamaba, propagando con sus elogios su fama por todos los ámbitos del globo.

Hasta Dios, entendedlo bien, Dios, agradecido á aquel tributo de piedad, se apareció un día á María, diciéndole:

—Pídeme la gracia que quieras, que, en cambio á tu fervorosa piedad, te la otorgaré.

María se postró de rodillas, y, como á pesar de ser joven tenía ya numerosos descendientes, anhelosa de permanecer siempre entre ellos,

—Señor,—dijo con humilde y fervoroso acento;—si es vuestra voluntad dispensarme una gracia, concededme la de que viva en tanto esté consagrado este templo á vuestra gloria inmortal.

—Así será,—contestó el Señor.

III

Desde el momento que obtuvo María la divina promesa de que su vida duraría lo que su templo, ni el estrago de las guerras, ni el rigor de las epidemias causaron mella en su ánimo, viviendo confiada y tranquila respecto á lo porvenir.

Feliz y contenta, olvidada del mundo y de sus desdichas, iba envejeciendo sin sentir apenas el peso de los años, llegando insensiblemente á su centena-

rio. Sus nietos y biznietos celebraron con grandes regocijos tan fausto acontecimiento, agasajándola con toda suerte de obsequios y cariñosas demostraciones que halagaron extraordinariamente á la venerable viejecita, que no se cansaba de darle gracias á Dios por la gracia excepcional que le había concedido. Sin embargo, como al hacer su petición se le había olvidado á María pedirle á Dios, á la par que vida ilimitada, salud y juventud, veíase con frecuencia sujeta á repetidas dolencias y á sufrir con todos sus rigores los achaques de la vejez. Perdió todos sus dientes, perdió por completo las fuerzas musculares, y, sobre todo, los cabellos: su cabeza, en cuanto se quitaba la papalina, no se diferenciaba en nada de deslustrada bola de marfil. Por otra parte, como la promesa del Señor sólo á ella alcanzaba, vió morir á todos sus hijos, sus nietos y biznietos, encontrándose con una generación renovada é indiferente que la miraba con más estupor que respeto, como se mira lo raro y fenomenal.

IV

—¡Quién sabe,—se decía entonces la buena anciana,—si cometí una imprudente indiscreción al pedirle á Dios la gracia que le pedí! ¡Qué sola me voy quedando! He enterrado ya á mi quinta generación: sus descendientes apenas me reconocen. Si el templo que mandé edificar dura mucho, ¡qué va á ser de mí!

En medio de estas inquietudes cumplió la viejecita ciento cincuenta años. Su inteligencia empezó á nublarse y á ser consideradas como impertinentes chocheos sus más insignificantes pretensiones. Sus descendientes, que lo eran los de la séptima generación, empezaron á considerarla como un fenómeno curioso: al principio hacían burla de ella; en el seno de la familia luego se burlaron á su presencia y sin ningún recato. Afortunadamente María estaba sorda y no podía comprender las impertinencias de que era objeto. La gente menuda la miraba como un ejemplar raro, como se miraría una momia animada, con más espanto que atención. ¿Qué otro sentimiento podía inspirarles? Todos tenían padres, madres, abuelos y bisabuelos; de suerte que María era sólo para ellos una ruina de la antigüedad. El tiempo trascurría y María cumplió su segundo centenario.

Repitiendo la exclamación que profirió al cumplir su primer centenario, frases de arrepentimiento brotaron de sus labios, condoliéndose de haberle pedido á Dios una gracia cuyas consecuencias no alcanzó á adivinar.

Decididamente la iglesia que había mandado construir resultaba una obra sólida á toda prueba: dos siglos llevaba de existencia, y ni la más leve grieta ni el detalle más insignificante dejaban entrever la posibilidad de su ruina. María se enteró con verdadera pena de noticia tan satisfactoria, y, á falta de mejores esperanzas, amparóse á la creencia de que tal vez algún acontecimiento inesperado daría algún día al traste con la enorme mole y su inconveniente solidez.

Pasado su segundo centenario, los años sucesivos apergaminaron y encorvaron de tal suerte á la pobre viejecita, que poco á poco fué cobrando toda la apariencia de una momia. Los nietos de sus tataranietos no se ocupaban poco



¡Salvado!

ni mucho de ella, y en su gran mayoría apenas si la conocían. Los pocos que le dirigían la palabra hacíanlo sólo con el propósito de chancearse á costa de sus chochees, que eran muchas y cada día más acentuadas, como no podía dejar de ser. El vacío se hizo pronto en torno de ella, y la soledad más triste



Un drama en la nieve

y espantosa fué su sola compañera. Hasta los criados de la casa la miraban con profunda indiferencia. ¿Quién era María á sus ojos? Una antigualla viviente, un fenómeno que había sobrevivido á su siglo y á su época. Afortunadamente, á causa de su extremada edad, ya no tenía ella conciencia de sus actos ni de los ajenos, á cuya circunstancia debía la más completa insensibilidad.

Repetidas epidemias diezmaron los habitantes de Bretaña sin que María experimentase la más leve molestia; sucediéronse terribles y encarnizadas guerras, durante las cuales esperó confiadamente que alguna bala de cañón derribaría su templo. Pero sus esperanzas resultaban siempre fallidas: terminaban las epidemias, y ella salía en bien de su estrago; tocaban á su término las guerras, y su templo, quedaba en pie. La vida convirtiéndose, pues, para la triste anciana, en peso insoportable: de continuo le pedía á Dios que pusiese fin á su existencia, relevándola de lo que podía ser considerado como una verdadera *pena de vida*.

Pero una voz sobrenatural y misteriosa le decía:

—Dios es inmutable: lo que promete no se revoca.

V

María no tuvo, pues, otro remedio que resignarse.

Sin embargo, para obtener, si no el reposo anhelado de la muerte, á lo menos todas sus apariencias, se sepultó en un ataúd y se hizo trasladar al panteón que en su iglesia se había hecho construir.

Sus deseos en parte se vieron entonces realizados.

Apenas si los empleados en las diversas atenciones que la conservación del templo requería se ocupaban de María. A los primeros días de su anticipada inhumación, uno de los sacristanes especuló con ella mostrándola á los visitantes como un objeto raro; pero habiéndose quejado de ello y amenazado al que tal se permitía con despedirlo de la iglesia, acabaron por dejarla en paz y en el más completo abandono.

Todos los años, al cumplirse el aniversario de la terrible gracia que Dios le había concedido, María hacía subir su ataúd á la gran nave del templo. Allí, con voz ininteligible y labio balbuciente, haciendo coro con la comunidad, elevaba sus preces á Dios para que dispusiera cuanto antes de su vida.

Terminados los rezos, preguntaba á los sacerdotes por el estado de su templo.

—Señora,—le contestaban,—está como recién construído: nada hace creer en su ruina.

—Entonces será preciso que me resigné á vivir mil años,—decía con su voz cascada y quejumbrosa la viejecita.—Hágase la voluntad de Dios y que me bajen de nuevo al panteón.

Al encontrarse en aquel mundo de sombras, un sueño profundo se apode-

raba de María, sueño del cual no despertaba hasta cumplir el siguiente aniversario.

—De suerte,—observó uno de los nietos que más atención prestaba al cuento de la abuela,—que María vive todavía.

—No, mi querido niño: María al fin murió.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Hace mucho tiempo?—preguntaron á la vez los interesados oyentes.

—Cuando la Revolución Francesa, durante la época del Terror, en lo más recio de una batalla, su iglesia fué blanco de la metralla, y, desplomándose en masa, la sepultó bajo sus ruinas.

—La leyenda es muy linda é interesante,—observó una hermosa rubia,—y no queremos exponerte á que, viviendo mil años, sufras lo que María sufrió. Cuántos años quieres que le pidamos á Dios que te otorgue de vida?

La abuela miró sonriente á sus nietos, y con acento sentencioso exclamó:

—Al rezar á Dios, mis queridos nietos, no olvidéis nunca decir:—¡Hágase tu voluntad!

ANTONIA OPISSO



EL FONÓGRAFO

Reproducción de la voz

HASTA hace pocos años se consideraba muy difícil el problema de reproducir la voz humana por algún mecanismo, pues casi parecía imposible alcanzar un resultado satisfactorio en palabras algo complicadas, á pesar de haberse construido pequeños aparatos á imitación de nuestra laringe, para muñecas, etc., que llevaban membranas que, vibrando por soplos ó corrientes interrumpidas de aire, producían voces de sencilla pronunciación.

Un profesor de Viena, llamado Faber, ha perfeccionado este sistema de máquina parlante dando á su aparato la forma de una boca que rápidamente disminuye ó aumenta su capacidad, teniendo la lengua y los labios de goma elástica y con la cual puede pronunciar los consonantes más difíciles con maravillosa exactitud.

Reservado estaba entonces al genio inventor de Edison realizar de una manera completa el problema que preocupaba principalmente á los físicos y al mundo en general.

El distinguido norteamericano no trató de imitar la fonación con aparatos equivalentes al juego de los órganos bucales, sino de producir ondas sonoras como las que brotan de nuestros labios y que produzcan el mismo

efecto mecánico sobre el tímpano y el nervio acústico. Edison se propuso y ha conseguido, por medio de su fonógrafo, no ya descifrar los signos ininteligibles hasta entonces, sino traducirlos en la voz originaria con su entonación y timbre característicos.

El primer fonógrafo de Edison consistía en una trompetilla con una lámina delgada, como el teléfono, á la cuál va enlazado, mediante un resorte ó directamente, un estilito que marca los puntos de la línea ondulada, sobre una fuerte hoja de papel de estaño arrollada en un cilindro rotatorio que presenta un surco helizoidal, cuyo paso de rosca es igual al del eje. Con la disposición adoptada el cilindro avanza al mismo tiempo que gira, y resulta que, una vez apoyado el extremo del estilo sobre un punto hueco, continúa trazando las impresiones en el papel de estaño, sin salir, por esto, de la hélice acanalada.

Mientras se habla se da vuelta al manubrio en un sentido, y se escribe, por decirlo así, el discurso ú oración. Después separamos la trompetilla con la punta impresora, y desandamos el camino volteando el manubrio en sentido contrario hasta que coincida la punta impresora con la primera señal grabada. Cuando está en esta posición, repetimos el mismo movimiento inscriptor, llevando la mano con la misma velocidad, y entonces las depresiones, imperceptibles en algunos puntos de la hoja metálica, transmiten recíprocamente á la aguja vibraciones idénticas á las grabadas en el estaño, vibra también á impulsos del estilo la lámina telefónica como antes y reproduce con fidelidad la voz, chillona, metálica y ronca, pero que repite una por una nuestras palabras, las cuales quedarán indelebles, serán imperecederas; pudiendo escucharlas nuestros sucesores cuando hayamos desaparecido de la escena viviente y vuelto al polvo de donde procedemos.

El primitivo fonógrafo presentaba algunas imperfecciones, entre las cuales se encuentra en primer lugar la de que, aumentando la velocidad del manubrio, se suceden las vibraciones con mayor rapidez y aumenta la altura del sonido, lo cual no es un inconveniente para reproducir la voz humana en una conversación, pero sí los acordes de las notas de un trozo de música ó canto al repetirlo con el aparato parlante. En parte se corrige este defecto colocando un volante ó disco muy pesado en el eje y en el extremo opuesto al manubrio y cuya gran masa retarda el incremento de velocidad, la cual, una vez adquirida, se conserva después durante cierto tiempo. También se construyen fonógrafos con auxilio de un aparato de relojería para que tengan movimiento uniforme.

Siendo el papel de estaño blando, facilita la inscripción, pero en cambio no puede ser tan clara, borrándose á las pocas repeticiones. Con mucha ventaja se han empleado hojas de cobre en vez de láminas de estaño, sirviendo de estilito una punta de rubí que tiene mucha dureza; pudiendo de esta manera amplificarse los sonidos, percibiéndose también á cien ó más metros de distancia. Además también se dispone una especie de embudo ó bocina en la

trompetilla, consiguiéndose inscribir la palabra sin esfuerzo ni necesidad de aproximar tanto los labios á la embocadura.

El extender sobre un disco el papel, de plano y no arrollado en un cilin-



¡Vaya un tiempo!

dro; la interposición de un paño con numerosos pliegues delante de la boquilla fonográfica mientras se está hablando, con el fin de hacer desaparecer cierto chirrido de la hoja metálica; y otras muchas modificaciones y advertencias que cada día se anuncian; nos permiten abrigar la esperanza de oír en breve plazo clara y distinta la palabra de personas queridas que se encuentran ausentes de nosotros.

El mismo inventor, Edison, ha presentado en la última Exposición de

París su fonógrafo modificado principalmente en el medio de producirse la inscripción sobre una lámina de materia blanda como la cera.

Parece que los resultados obtenidos son satisfactorios, si bien el sonido es débil y debe percibirse aplicando el oído á unas trompetillas ó teléfonos en pequeños modelos.

El inventor, antes de que se pueda hacer uso de su aparato, quiere darle mayor grado de perfección.

JUAN GUAU Y DURÁN

¡NUESTROS GRABADOS

EN EL PUERTO

Muy animado está ese puerto, señal de la riqueza de la población. Ciertamente que entre los espectáculos más propios para ensanchar el ánimo debe incluirse la vista de un puerto en plena actividad.

LOS DOS CAMARADAS

Un italianito y un mono. Ambos se ayudan, se sostienen y se ganan la vida, al par, el uno para el otro. El grupo es tan bonito que bien merecería ser ejecutado en escultura.

¡SALVADO!

Desafiando la terrible tempestad que se ha desencadenado, no vacila el joven cuanto intrépido marinero en acudir en auxilio de los náufragos, consiguiendo salvar la vida á un pobre grumete que, extenuado de cansancio, iba ya á sumergirse en el fondo del océano. ¡Acción envidiable, más gloriosa que las más brillantes proezas de la guerra!

UN DRAMA EN LA NIEVE

¡Ha muerto la pobre niña sepultada bajo la nieve! Iba en compañía de su fiel perro cuando le sorprendió la borrasca al volver á la pobre cabaña en que vivía, y en vano aúlla ahora el leal guardián para que acudan en socorro de la infeliz víctima: ¡ya es tarde!

¡VAYA UN TIEMPO!

Un tiempo atroz para ir al colegio; pero es tan aplicado ese muchacho, que desafía impávido el nevasco, el vendaval y el aguacero, y á la escuela vamos, importando un bledo que el paraguas haya adquirido la forma de un casquete esférico invertido.

POR EL CANAL

La mansa corriente se encarga de empujar la canoa sin necesidad de remos ni de velas. Los dos paseantes (no puede decirse *tripulantes*) se dejan mecer á la buena de Dios, tanto más en cuanto, además de no correr ningún peligro, son excelentes nadadores.

JUANITO Y RAFAELA

(Conclusión)

Durante la semana siguiente el estado del niño mejoró de tal manera que el médico le concedió algún alimento y le dejó abandonar la cama por algunas horas. Gertrudis, que no perdonaba medio de enterarse de la marcha de la convalecencia, traía cada día las mejores noticias, que regocijaban el corazón de Rafaelita. Con todo, la digna sirvienta comenzaba á sorprenderse, y aun á inquietarse, de que no llamasen á la chiquilla, puesto que el hermano seguía tan bien. No comunicó, sin embargo, sus temores á la arrapieza: continuaba llevándola al jardín con su traje más majo y arreglaba con cuidado sus lindos cabellos, que se rizaban naturalmente; pero no respondía palabra cuando Rafaela le decía:

—Puede que hoy Juanito se encontrará ya del todo bien.

Por fin, nueve días después del feliz encuentro de D.^a Emilia con su hija, y como se acercase la hora de comer, llamaron á la puerta del cuarto de Rafaela, cosa que sucedía raramente. Tula se apresuró á abrir y entró Francisca, diciendo que la señora enviaba á buscar á la señorita Rafaela.

—En seguida, en seguida, se la voy á traer,—respondió la anciana, cuyos ojos brillaban con la más viva satisfacción.

No perdió, en efecto, un solo instante, mostrándose la chiquilla no menos presurosa para obedecer.

—Ten cuidado, niña,—decía Gertrudis bajando la escalera con una rapidez que no le era habitual;—ten cuidado en portarte delante de tu madre como te portabas con D.^a Encarnación.

—Sí, sí,—respondía Rafaela;—ahora ya no me da miedo.

Pero lo que más que todo iba á tranquilizarla, era que al verla D.^a Emilia entrar en el cuarto dijo al punto:

—Puede V. volverse á sus quehaceres y dejármela, Gertrudis: comerá con nosotras.

Mientras estas palabras anunciaban á la niña la acogida más favorable, y Gertrudis se retiraba con el alma inundada de alegría, Juanito corría hacia su hermana, abrazábala con todas sus fuerzas y decíale al oído:

—¿Quieres hablarle tú primero á mamá?

Rafaela se acercó á D.^a Emilia.

—Le pido á V. perdón por haber sido mala,—dijo sonrojándose vivamente.

—Te perdono y te quiero, hija mía,—respondió ella estrechándola entre sus brazos,—porque tu querido hermano me lo ha contado todo y sé que has aprendido á leer para agradarme.



Por el canal

Ya había pasado aquel tiempo en que Rafaelita hubiera replicado que nada había hecho para gustar á la señora. No pensó, pues, ni por asomos en desmentir á Juanito, y, guardando silencio, contentóse con besar la mano á su madre.

Desde aquel día Rafaelita participó de todas las diversiones de su hermano, y, como se hizo una muchacha muy amable, pronto llegó á compartir también la ternura de D.^a Emilia.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA